

La sucesión presidencial

*Arturo Rodolfo Gálvez Medrano**

RESUMEN

Fenómeno singular que deviene del sistema político mexicano, del unipartidismo: algo tan simple como el mecanismo mediante el cual es seleccionado el candidato. Es de todos conocido, que el presidente saliente desempeña un papel importante, pero no siempre tiene todos los elementos para que su opinión sea definitiva. En el presente artículo se abordan algunos de estos aspectos; de igual manera se hace un esbozo particular de cada uno de los relevos presidenciales en el siglo XX y principios de la actual centuria.

PALABRAS CLAVE: sucesión presidencial; elecciones; procesos electorales; hombre providencial; presidencia; oposición, candidatos, "tapados"; unipartidismo y partidos políticos.

ABSTRACT

The Mexican phenomenon is quite singular. It derives from the Mexican political system, the single party structure, and from something so simple as the mechanism by which the candidate is being selected. It is generally well known that the outgoing president plays an important role but not always having all the elements by which his opinion could be definitive. Therefore, in the present article some of these aspects are considered, as well as a particular outline of each of the presidential takeover that took place in the XX century and at the beginning of the present one. Some anecdotic comments were recalled for a better illustration.

KEY WORDS: presidential succession, elections or elections process, providential man, presidency, opposition, candidates, "presumed chosen one", political parties, and single party structure.

* Profesor-investigador en el Departamento de Política y Cultura de la UAM-Xochimilco.

PRESENTACIÓN

El presente trabajo hace una breve presentación de cómo el sistema político mexicano nació con un poder Ejecutivo fuerte, pero las condiciones lo han colocado como el personaje providencial, capaz de solucionar los problemas nacionales, ancestrales y recientes, por lo que se convierte en la personificación de las virtudes y errores de su propia administración. Una siguiente parte aborda una situación que ha permeado al imaginario y existe la certidumbre de que el presidente saliente, por selección o por descarte, decide quién será su sucesor. Cuando en la realidad, pese a su poder, no es capaz de resolver muchas cosas, así como tampoco es soberano en la designación de quién lo relevará.

LOS PRESIDENTES

Del trípode en el cual descansa el sistema político mexicano, son los poderes Legislativo, Judicial y Ejecutivo, en este último es en el que la población periódicamente finca la esperanza de una transformación que los reivindique. En virtud de que la titularidad recae en una sola persona que tiene amplias facultades, los ciudadanos sufragan por el “personaje providencial”. Sobra decir que las elecciones federales tienen características en común y, pese a las singularidades que las diferencian, para efecto de los intereses que ponen en juego, pueden caracterizarse por ciclos: el primero, refiere la mítica elección de 1911 por su “limpieza”, donde ganó la presidencia Francisco I. Madero; y la de 1916, en la que Venustiano Carranza resultó vencedor, es decir, se realizaron cuando las armas aún estaban calientes. El segundo concierne al de los caudillos, cuando el grupo de sonorenses que militarmente triunfó en la Revolución y dominó el escenario político entre 1920 y 1935. El tercero se traslapa con el anterior y puede considerarse a partir de 1929 –pese al dominio del maximato de 1929 a 1935–, cuando se fundó el Partido Nacional Revolucionario y luego, a instancias del Estado se erigió en el partido hegemónico hasta 1988. A partir de esta fecha, se identifica un nuevo ciclo en el que, pese a las reformas a las leyes electorales iniciadas en 1977, los partidos de oposición ganan posiciones importantes hasta que alcanzan

la Presidencia. En cuanto al desempeño de la oposición hecha gobierno, no atinó a gobernar. Sus programas y gente, carentes de propuestas, sólo reaccionaron a atender ciertas exigencias de la sociedad, pero siguieron el mismo sendero trazado por el otrora partido hegemónico e hizo suyos los viejos y truculentos compromisos con las dirigencias de las organizaciones sociales.

En este último tramo, las instancias gubernamentales asumieron un papel protagónico y no podía ser de otra forma, porque cuando aparecieron otros candidatos, comenzó a evidenciarse la escasa cultura política de la población. La educación formal, experiencia o propuestas políticas de los políticos pasaron a un segundo plano. Adquiría mayor peso su carisma o el dispendio de obsequios que prodigaban los candidatos a los potenciales electores, pues en el imaginario popular se tradujo en un indicador de su sensibilidad a la problemática social. O bien, en el peor de los casos, consideraban que sería un gobernante dadivoso. Un ejemplo puede ser el de los operadores políticos, quienes pronto pudieron percatarse de que el común de los mexicanos, cuando les dan un objeto útil en calidad de regalo, así sea una baratija, se sienten comprometidos a compensar el obsequio. Sin recursos y con agradecimiento, con una sola insinuación, emiten su voto con generosidad a favor del candidato que les es señalado, sin reparo del cargo al cual aspiren o partido que representen. Es decir, al pueblo mexicano, a lo largo de su historia, se le ha mantenido en la pobreza y la ignorancia. Esa es la razón por la que cada elección federal donde se disputa la presidencia, pareciera que se juega el destino del país y el pueblo llano tiene motivos para creer que el presidente en ciernes puede ofrecerles una mejor alternativa en su vida y a la nación, distinta a la que han conocido a lo largo de su existencia.

Un elemento poco relevante pero significativo, es que de los 27 presidentes que han gobernado desde 1911, sólo 13 han escrito algún testimonio a manera de autobiografía, es decir, en general han sido ágrafos y casi todos carecen de una cultura libresco. Cuando llegan a la Presidencia, se evidencia porqué se rodean de un aparato de seguridad enorme y un grupo de asesores, tan amplio, como grande es su incapacidad. No obstante estas circunstancias, en las que dejan de realizar actividades tan simples como servirse agua en un vaso o abrir el picaporte de una puerta, sólo son el pretexto de realizar tareas mucho más complejas,

porque sólo son capaces de redactar oficios y realizar operaciones aritméticas simples. Esto no pareciera ser grave, pero cuando se carece de talento político, ante las necesidades de la población y una complejidad de problemas ancestrales y nuevos, lo mínimo que puede exigírsele a un dirigente es la de poseer una preparación académica formal sólida. Por cierto, para entender mejor la diferencia abismal entre un político y un estadista, éstos suelen ser escasos por no decir excepcionales. Sólo por citar un caso, cabe la anécdota de un periodista tan emblemático como Julio Scherer García, quien al entrevistar a Narciso Bassols en 1970, intelectual reconocido y político de una honestidad sin tacha, refirió aquel diálogo de la siguiente manera:

En la *casa alquilada de Bassols, en Tacubaya*, me atreví un día a una pregunta inaudita seguida de una respuesta aún más inaudita:

—¿En verdad es inteligente el general Cárdenas, licenciado? —quise saber.

—Es muy pendejo —me dijo.

—¿Pero muy culto, no?

—Por supuesto que no y deje de indagar. Cárdenas pertenece a una categoría privilegiada. Late la política en la yema de sus dedos, allí la siente y la entiende, ¿comprende usted? Hay especies animales que conocen como nadie la dirección del viento, porque el viento lo llevan en el lomo como una segunda piel. Así es Cárdenas (Scherer, 1986:15).¹

Así como los constituyentes de 1856 no deseaban otro santanismo, los de 1916 tampoco querían probar un mandato ante amenazas externas e internas como el del presidente Juárez y los de la República restaurada. Decidieron fortalecerlo y pasaron por alto que un Ejecutivo con una fuerza mayor, podría desplegar su influencia al límite de constituirse en el “hombre providencial”. Esa vieja figura decimonónica es la que parece repetirse en el siglo XX, así como iban comisionados por Santa Anna a Manga de Clavo en Veracruz o a Turbaco en Colombia, sigue la búsqueda y es semejante a la que

¹ Me tomé la libertad de poner en cursivas el lugar donde fue entrevistado Bassols, para destacar que Scherer lo visitó a la casa que arrendaba en Tacubaya, es decir, hoy en día resulta impensable que un funcionario de ese talante no sea dueño del lugar que habita. Los ex funcionarios sin casa, pueden ser mal vistos o despertar las peores sospechas.

se hacía con el “Quince uñas”.² En cada ocasión que se le ofrecía la Presidencia, se le reconocía como el “salvador de la nación” y él aceptaba “sacrificarse por la patria”. En esa búsqueda, era posible la prueba y el error, porque se reconocía su buena voluntad y tampoco se ponía en duda su deseo de beneficiar a la nación. A esa “paciente” espera del mexicano, entre otras muchas ocurrencias que surgieron para caracterizarla, en la década de 1960, se hicieron celebres las de los “moneros” Abel Quezada y Eduardo del Río, alias Rius. El primero de ellos, un iconoclasta que fustigaba con sus dibujos la corrupción, la demagogia de los políticos, el dispendio de los ricos, el ocio y omisión de policías a quienes los dibujaba rodeados de moscas, entre otros, los publicaba en el periódico *Excélsior*. Rius, para caracterizar a los mexicanos, construyó una historieta con el nombre de *Los supermachos*; luego, tiempo después, con nuevos personajes pero igualmente emblemáticos del pueblo, lanzó otro cuento que intituló *Los agachados*.³

Esa paciencia del mexicano en espera del “hombre providencial”, más bien parece la actitud de un “agachón” carente de dignidad y a merced de cuanto le puedan dar; o bien, la de un “supermacho” que por su ignorancia y falta de cultura política nada hace por sí mismo, sino que exhibe estoico su capacidad de soportar cualquier sacrificio, mientras llega ese personaje en quien depositará toda su esperanza para un cambio. Esta actitud suele confundirse como una herencia ancestral por el respeto y sumisión que los indios mostraban al *tlatoani*, la mayor jerarquía en el linaje de las sociedades prehispánicas, que de alguna forma han cultivado y fomentado los grupos políticos y económicos más beneficiados. Según dicen y lo hacen ver como un “rasgo cultural” del mexicano. Nada más distante de ello, a contrapelo está la violencia extrema y

² Uno de los sobrenombres de Antonio López de Santa Anna fue el “Quince uñas”. Lo recreó Victoriano Salado Álvarez magistralmente en alusión a su propensión de gastar en beneficio propio los recursos públicos y a la falta del pie izquierdo que perdió en una batalla. Coloquialmente, se decía, que “robaba sólo con quince uñas”.

³ Citar un par de moneros quizá sea injusto, hubo muchos más que concurren en varios medios para caracterizar esa actitud de los mexicanos. Sin embargo, decidí citar a ese par de caricaturistas porque al igual que los literatos, ejercen la crítica con desparpajo y amparados con la licencia de la risa o de la ficción, les permite ser muy agudos y menos acartonados que los analistas políticos.

conmovera en las revoluciones más emblemáticas en la historia de México. Además, el ideario de la Independencia, la de Ayutla y la de 1910 y, contrario a quienes se empeñan en mostrarlas carentes de ideas, fueron movimientos en los cuales concurren intelectuales que actuaron como precursores o ideólogos. El mejor testimonio de su compromiso fue su actuación consecuente; y, en muchos casos, los planteamientos centrales de sus propósitos pasaron a constituirse en verdaderos asideros políticos. A la postre, han sido la guía de las luchas populares y de sus reivindicaciones más significativas en el mejor de los casos. En el peor de ellos, los “líderes” y “políticos” de la peor ralea los convierten en combustible para su demagogia. Con su sarcasmo característico, Salvador Novo aventuró en un escrito que cuando Porfirio Díaz inauguró el majestuoso Hemiciclo a Juárez, seguramente se regocijaba de saberlo muerto y homenajearlo en piedra. Esa ha sido la constante de las ceremonias cívicas de todos los tiempos, se evoca a los mejores hombres del pasado y sus aportaciones más valiosas, pero no le dan vida a sus ideales más caros para con la patria, sino que los trasladan al presente y los plantean cíclicamente como metas por alcanzar.

El sistema político y el modelo económico de desarrollo, pro-hijaron una renovación permanente entre sus dirigentes del PRI que impidió su anquilosamiento prematuro. Por otro lado, el Estado ante una burguesía débil se hizo cargo de la infraestructura toda: las carreteras, irrigación, energéticos, subsidios económicos inmejorables para los empresarios y populares, control y sometimiento de las organizaciones patronales, obreras y campesinas, promovieron la creación de las principales instituciones educativas y de salud y de la seguridad social, asumieron el control de los medios de comunicación, etcétera. Una de las consecuencias de constituirse en un Estado benefactor y promotor del desarrollo, se hizo omnipresente y controlador. Sin embargo, en ese afán de procurar todo el orden público, ninguna institución creció por falta de independencia del poder político. Grupos empresariales, sindicales y campesinos estuvieron sujetos a los gobiernos y, como en la política porfiriana, “pan para los amigos; palo para los opositores”. De igual manera, los gobiernos locales quedaban sometidos al poder central y aceptaban ceder una porción de su soberanía, con lo cual el régimen federal también fue debilitándose. Ese corporativismo sin proporción alguna, atrofió el crecimiento económico, el desarrollo

político y el de la democracia. En consecuencia, la movilidad social y la prosperidad se fincaron sobre la base de la corrupción y de las componendas. Debido a ese control, con ironía José Revueltas aseguraba que “si al pulque le faltaba un grado para ser carne, al Estado mexicano le faltaba un grado para ser fascista”. En el colmo, los científicos e intelectuales, con evasivas o con “un discurso adecuado”, apenas tocaban críticamente ese autoritarismo del Estado. De lo contrario dejaban de recibir los escasos beneficios que el sistema les dispensaba.

LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL

Aún creía en la respetabilidad de la institución presidencial como realidad concreta y no como entidad abstracta, la respetabilidad *per se* del Palacio. Iría sabiendo que los ex presidentes forman una mafia. Pueden aborrecerse entre sí, pero tenían por sagrado el principio de la asociación delictiva: la complicidad.

JULIO SCHERER

Años después de 1929, quien debía suceder al presidente en funciones, coloquialmente se le denominó el “tapado”, y no pudo tener mejor definición porque debía surgir del gabinete presidencial y ser nominado por el partido hegemónico. “Pero lógica, inevitablemente, se imponía la pregunta de cómo se escoge y elige ese ser extraordinario que bien podría llamarse Emperador sexenal” (Cosío, 1957:7). Este ritual oculto a los ojos del ciudadano común, fue abordado a mediados del siglo XX por intelectuales de la talla de Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Octavio Paz y Jorge Portilla. Sin embargo, un par de jóvenes lo colocaron como una curiosidad cotidiana para el común de la gente en 1958. Uno de ellos fue el escritor Carlos Fuentes, quien recién publicaba su libro *La región más transparente* y la periodista Elena Poniatowska, quien después de conversar con el “muchacho indecente”, publicó aquella plática en *La cultura en México*, suplemento cultural del periódico *Novedades*. Dicha obra llamó la atención porque escandalizó a las señoras bien (Raíces ed., 2012:42-51), motivo por el cual lanzaron una andanada

de críticas al director del suplemento, Fernando Benítez, tanto por haberle dado espacio a la entrevista así como por permitir que el escritor novicio se atreviera a expresar la necesidad de preservar la plena independencia y libertad para escribir distante del poder político. Años después, otra opinión que abordó el tema, con inteligencia y conocedor de los entretelones de la política fue Daniel Cosío Villegas. El director del periódico *Excélsior*, Julio Scherer, lo invitó a colaborar en aquel diario a inicios de la década de 1970 y aceptó con la condición de que sus textos aparecieran tal y como los entregaba.

Con un reconocimiento público como forjador de instituciones y en la formación profesional de los jóvenes, Cosío Villegas escribió sobre la vida política nacional del momento. Sus aportaciones, ancladas en el pasado, con vistas a un mejor futuro y la democratización de México, desembocaron en reflexiones que terminaron por convertirse en libros, uno de ellos fue *La sucesión presidencial*. Sin pasar por alto a los autores estadounidenses más destacados, a quienes llamó la atención la sucesión presidencial y expusieron libremente sus puntos de vista sobre el tema sin temor a las represalias que en México prevalecían. De ellos retomó lo mejor de sus textos, los aderezó con la investigación histórica, su experiencia profesional y el conocimiento propio del trato que tuvo con tantos políticos desde hacía muchos años e hizo aportaciones fundamentales. Fue entonces que en centros académicos y otras instituciones, empezaron a ocuparse del fenómeno del unipartidismo y de los entretelones de la sucesión presidencial. En la década de 1970, en uno de estos trabajos publicados bajo los auspicios de la iniciativa privada, sus autoras expresaron así el fenómeno del silencio de antaño y la preocupación por dicho asunto:

La política nacional ha sido mistificada con el objeto de conservar el secreto de las reglas del juego y de la dominación. Esta actitud mistificadora se ha difundido esencialmente por los políticos y es acentuada por algunos destacados líderes de opinión que comentan rutinariamente los hechos políticos nacionales. Por otra parte, el análisis intelectual iniciado recientemente por nacionales está penetrando en este laberinto, que había sido hasta hace poco, tema de reflexión de estudiosos extranjeros, especialmente norteamericanos. La política nacional, producto de esta generalizada actitud mistificadora, tiende

a ser concebida como un arte mágico, carente de tendencias y de reglas de juego y sujeta más bien a la espontaneidad y al azar (Lerner y Ralski, 1976:11).

Como se mencionó, en el siglo XX hay etapas perfectamente distinguibles en la sucesión presidencial. Puede pasarse por alto la mítica elección de 1911, que ganó Madero, pues fue motivo de un levantamiento que desembocó en una revolución. Ahora, cuando se marchó Victoriano Huerta y sus huestes en 1914, Carranza adujo que se encargaría de la presidencia, aunque propiamente no lo sería. Este "título" fue una argucia legal, porque de haber asumido la presidencia, pudieron haber cuestionado sus aspiraciones por el lema maderista de la no reelección. A pesar del pequeño espacio geográfico de la República que controlaba el Ejército Constitucionalista, convocó a elecciones y él fue electo, así como sus seguidores lograron un escaño. Por cierto, previo a este episodio, había desconocido la soberanía de la Convención de Aguascalientes, para luego lanzar sendas ofensivas contra Villa y Zapata, al primero lo derrotó y al segundo lo asesinó. Para 1920, sintiéndose con el poder suficiente y la legitimidad de un triunfo que enarboló con la restauración de la legalidad, quiso hacer a un lado a los jóvenes militares triunfantes y decidió apoyar la candidatura de un civil como Ignacio Bonilla, porque no deseaba que los militares tomaran el poder. Es probable que Carranza tuviera fresco el recuerdo de la perpetuación de Antonio López de Santa Anna y la de Porfirio Díaz. En ese intento suyo de imponer su candidato le fue la vida, pues sus antiguos aliados los sonorenses, so pretexto de violentar el pacto federal en Sonora con motivo de un conflicto laboral, se sublevaron en su contra y en su huida hacia Veracruz lo asesinaron en Tlaxcalalongo en abril de 1920. A partir de entonces y hasta 1934, los sonorenses tuvieron el control político pleno del país, mediante la lealtad de los mandos militares en las diversas regiones en la República. A dichos personajes, el gobierno federal y las instancias judiciales les dispensaban actos de autoritarismo, corrupción, nepotismo, etcétera, el volumen de esas omisiones eran del tamaño de la fuerza que poseían en sus localidades, la cual exhibían ante la federación con manifestaciones de apoyo en los momentos requeridos.

La fundación del partido hegemónico y sus transformaciones configuraron los escenarios de los relevos presidenciales; por ejemplo, para nadie pasó desapercibido que Plutarco Elías Calles aprendió la lección de sus dos antecesores. Es decir, Carranza perdió el control del país y la vida misma en su intento de imponer a un candidato; Obregón, deseoso de reelegirse, fue presa fácil de la persuasión de sus seguidores para intentarlo y, después de lograrlo, fue asesinado. De tal suerte que Calles apresuró la conformación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), el cual según la convocatoria y la forma en la que se constituyó, fue con todas aquellas organizaciones y partidos que se preciaban de ser “revolucionarios” (Pinto, 1975:373) de las regiones, entidades o localidades más apartadas de la República. De ahí que retomara los tres colores de la bandera nacional mexicana como símbolo aglutinante de “todas las expresiones políticas revolucionarias nacionales” del momento en “su” partido. Así, tras bambalinas, Calles comenzó a dirigir sin aparecer públicamente en un primer plano. De esa forma, lograba influir decisivamente en la elección del candidato presidencial y ostentaba un gran poder sin reelegirse. Su gran sagacidad como estadista le permitió que la agitación política no se desbordara porque tras el magnicidio de Obregón, popularmente él fue señalado como autor intelectual⁴ y la guerra cristera estaba en su apogeo. En ese escenario, impuso a Emilio Portes Gil, quien era simpatizante del obregonismo pero no obregonista, pero quedó maniatado por el grupo callista que lo rodeaba. Ahora, desde esa posición, Portes Gil se propuso fortalecer la gran influencia que tenía en Tamaulipas, su terruño, y no iba dejar pasar la oportunidad de diezmar el poder de Luis Napoleón Morones, quien como secretario general de su Confederación Regional Obrera Mexicana, intentó arrebatarse las organizaciones tamaulipecas con las cuales se nutría el Partido Socialista Fronterizo que dirigía. En esas circunstancias tan complejas, Calles dispuso las acusaciones en su contra por el homicidio de Obregón; también se sacudió al líder obrero y el poder creciente que obtuvo a instancias

⁴ Tras la muerte de Álvaro Obregón, un chiste frecuente en diversos círculos sociales, decía: Un paisano le preguntaba a otro: “¿Tú sabes quién asesinó al general Obregón? Y el otro contestaba: ¡Calles-e porque lo pueden matar!”.

de él y su antecesor. Además, otro logro no menos importante fue el de encausar la acción de simpatizantes y grupos moderados a un gran proyecto nacional.

En ese primer impulso al PNR Calles tuvo la oportunidad de imponer en la Presidencia a los siguientes personajes: a Emilio Portes Gil como interino; intervino en la designación y elección de Pascual Ortiz Rubio, quien con el apoyo gubernamental y el partido "revolucionario" atropelló a la oposición vasconcelista; tuvo injerencia para que Abelardo L. Rodríguez quedara como presidente sustituto; finalmente, favoreció la candidatura del joven general Lázaro Cárdenas, uno de sus aprendices más aventajado y discreto. A ese periodo que transcurrió entre 1929 y 1935 popularmente se denominó el "maximato", vocablo sintético de "jefe máximo", tal y como reconocieron a Calles después del deceso de Obregón. La conseja popular repetía: señalando el Castillo de Chapultepec, residencia oficial del poder Ejecutivo en su momento, "ahí vive el presidente, pero el que manda vive enfrente", refiriéndose a la casa de Calles que se ubicaba frente al alcázar en la colonia Anzures. Es decir, Calles se colocó por encima de cualquier caudillo sobreviviente de la lucha armada y pese a las divisiones y fracturas del grupo sonoreense, logró mantener lealtades de militares y diversos líderes con las cuales preservó un enorme poder.

El PNR, en un principio, dependía en gran medida de Calles y éste lo necesitaba como parapeto para atemperar la opinión pública respecto a su permanente intromisión en los asuntos públicos. Sin embargo, la conformación plena del PNR, comenzó con la intensa gira que realizó el general Cárdenas como candidato a la Presidencia, porque a partir de los contactos que estableció en una buena parte de la República, le permitió entretejer alianzas compatibles con su propósito de cumplir a cabalidad el Plan Sexenal que le trazó su partido. En aquel programa de gobierno quedaron plasmadas las aspiraciones de los anticallistas y el ala izquierda del instituto político, pero no inquietó al jefe máximo en virtud de la confianza que depositaba en su pupilo.

El argumento de origen con el cual se justificó la constitución del PNR fue entrar de lleno a la era de las instituciones y dejar de lado a los caudillos. Lázaro Cárdenas, a semejanza de lo que hizo en Michoacán como gobernador, comenzó por darle un mayor peso a las organizaciones sociales. De tal suerte que cuando éstas

hicieron sentir su presencia, los obreros estallaron varias huelgas y los campesinos exigían reparto de tierras, esto provocó la molestia de Calles y pese a estar rodeado de un grupo político poderoso, carecía del apoyo popular del cual ya gozaba el presidente por su propensión a procurar políticas de bienestar social. En una serie de desencuentros entre ambos, terminaron cuando por órdenes de Cárdenas se expulsó a Calles del país. Esta medida le quitó a Cárdenas el sobrenombre del “RCA-Víctor”, pues había gente que en broma lo comparaba a esos enormes aparatos de radio de aquella época, diciendo “que tenía un gabinete muy ‘mula’ (porque incluía callistas entre sus colaboradores) y una voz de paladín (por su retórica y grandes promesas), pero era manejado a control remoto (por Calles)”. Por cierto, con el PNR de su parte logró otros propósitos, pero tan pronto decretó la expropiación petrolera se hizo evidente que era obsoleta su estructura.

En ese mismo año de 1938 y antes de terminar marzo se anunció su reestructuración. El primero de abril hizo público el cambio de su nombre por el de Partido de la Revolución Mexicana (PRM), con la singularidad de constituirse por cuatro sectores: obrero, campesino, popular y militar, con los cuales se tendría más versatilidad en sus actividades y quedaban perfectamente definidas las tareas de sus partidarios (Pinto, 1975:445). En cuanto a la participación de los militares, era casi un imperativo, pues en la milicia aún existían oficiales de alto rango que se sentían con la posibilidad de postularse a diversos cargos de representación popular. De esa forma, Cárdenas procuró que si deseaban participar en la política, lo hicieran por vías institucionales. Esa previsión pronto se comprobó, para el relevo presidencial de 1940 participó Manuel Ávila Camacho, Francisco J. Múgica, Rafael Sánchez Tapia, Juan Andrew Almazán. No obstante la cercanía que Cárdenas tenía con Múgica, por la radicalidad de éste optó por Ávila Camacho, un hombre moderado y con pocos compromisos, de ahí el apodo popular que ostentó como el “soldado desconocido”.

La experiencia del gobierno cardenista en cuanto a política social se refiere fue inmejorable, hizo realidad el ingreso a la era de instituciones que prometió Calles al fundarse el PNR en 1929. Todas ellas con un sentido social incuestionable porque beneficiaban a empresarios, obreros, campesinos y al sector popular, en el cual se consideraban burócratas, empleados, prestadores de servicios,

etcétera. En suma, convirtió al Estado en un gran paraguas en el cual todos los mexicanos quedaban protegidos por igual. Otra promesa que cumplió y provenía desde los orígenes del movimiento maderista, fue la de darle un sentido nacionalista a las políticas que aplicó. Sólo por considerar las más importantes, podrían mencionarse: el Banco Nacional de Crédito Ejidal, para apoyar a los campesinos ejidatarios; la Nacional Financiera, ofreció créditos con intereses bajos para los pequeños industriales; el Banco Mexicano de Comercio Exterior, daba financiamiento para los empresarios exportadores; el Instituto Politécnico Nacional, ofrecía una formación técnica-profesional gratuita a los estudiantes de escasos recursos y en especial a los de provincia; con Petróleos Mexicanos se garantizaba la autosuficiencia en materia de hidrocarburos; el mismo propósito se perseguía con la Comisión Federal de Electricidad; con los Ferrocarriles Nacionales de México, un transporte barato para el público en general, el acarreo de insumos a centros industriales y las mercancías de exportación a los puertos marítimos y terrestres (Meyer y Aguilar, 2001:150). Con estas instituciones, el panorama nacional se veía inmejorable y el PRM se perfilaba para ejercer su hegemonía. Sin embargo, con la nominación de Miguel Alemán Valdés a la presidencia, en la segunda gran Convención del partido el 18 de enero de 1946, se acordó reestructurarlo y su transformación derivó en el Partido Revolucionario Institucional (Meyer y Aguilar, 2001:448).

En los medios políticos, académicos, intelectuales y periodísticos, concluyeron que con el gobierno de Lázaro Cárdenas la Revolución Mexicana mostró lo mejor de sus virtudes y alcances. Sin embargo, con el desmantelamiento de una parte del Partido de la Revolución Mexicana, fue una paletada de tierra a las aspiraciones de reivindicaciones sociales y se soltaron los cabos en la procuración de una política nacionalista. Por las limitaciones y falta de compromiso de Manuel Ávila Camacho, aceptó de buen grado a ese nuevo partido que quería ostentarse como revolucionario y también como institucional. Era un hecho, aquel grupo callista opositor a las reformas cardenistas resurgió como ala derecha del instituto político y cobijado por el gobierno, fue el promotor de tales cambios. Éstos comenzaron el 4 de junio de 1945, con la designación de Miguel Alemán Valdés como candidato a la Presidencia, en sus acomodos y acuerdos para acelerar el proceso de industrialización.

Se argumentaba la pertinencia de aprovechar la demanda creciente de manufacturas, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. En ese su empeño, su planteamiento fue contrario a la concepción del cardenismo, pues en lo sucesivo, la subordinación sería del campo a la industria, lo que al paso del tiempo provocó la descapitalización gradual de las actividades agropecuarias. Pese a ello, las reformas de Cárdenas y en particular las instituciones que constituyó, fueron decisivas para que el producto interno bruto nacional creciera por encima del 6% entre 1940 y finales de la década de 1960, lo cual fue decisivo en que la estabilidad política y social fuera duradera.

En las elecciones de 1946, Miguel Alemán tuvo como contendiente a Ezequiel Padilla, quien en su condición de secretario de Relaciones Exteriores y la cercanía que tuvo con los Estados Unidos con motivo de la Segunda Guerra Mundial (Zorrilla, 1977:495), fue descalificado por los grupos afiliados o simpatizantes del priísmo. El nacionalismo que resurgió en la posrevolución, fue un aliado de Alemán como candidato a la Presidencia, pues sus allegados lo explotaron contra Padilla. Por cierto, se considera que Alemán fue el primer presidente civil con formación universitaria, lo cual también fue un distintivo entre sus colaboradores más cercanos y por ello se decía que su gabinete era de técnicos. Ahora, durante y después del gobierno⁵ alemanista, en muy poco avanzaron las reformas sociales, pero comenzaron a cedérsele más espacios al capital extranjero, la iniciativa privada y a la Iglesia católica. En la década de 1940, Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas “declararon en crisis y traicionada la revolución”. A la mitad del siglo XX, con esas licencias que se dispensan los literatos, Octavio Paz hizo una crítica frontal y premonitoria a varios aspectos de la vida política nacional en su obra *El laberinto de la soledad*, que apareció en 1950. Refería:

La Revolución Mexicana ha muerto sin resolver nuestras contradicciones. Después de la Segunda Guerra Mundial, nos damos cuenta que esa creación de nosotros mismos que la realidad nos exige no es diversa a la que una realidad semejante reclama a los otros. Vivimos, como el

⁵ El sector militar, uno de los cuatro sectores del Partido de la Revolución Mexicana, en 1942 fue excluido en virtud de que los militares podían participar en política como civiles, de tal suerte que el PRI tampoco los consideró como sector.

resto del planeta, una coyuntura decisiva y mortal, huérfanos de pasado y con un futuro por inventar. La Historia universal es ya tarea común. Y nuestro laberinto, el de todos los hombres (Paz, 1976:155).

Además de advertir que los políticos mexicanos empezaban a convertirse en administradores del capital extranjero, así se refería a los intelectuales:

El intelectual se convirtió en el consejero, secreto o público, del general analfabeto, el líder campesino o sindical, del caudillo en el poder [...] Preocupados por no ceder sus posiciones –desde las materiales hasta las ideológicas– han hecho del compromiso un arte y una forma de vida [...] El resultado ha sido que el espíritu cortesano –producto natural, por lo visto de toda revolución que se transforma en gobierno– ha invadido casi toda la esfera de la vida pública (Paz, 1976:141).

En cuanto a la paulatina transformación del Estado y su constante ceder ante la burguesía, sentenciaba:

Más dueña de sí, más poderosa también, la burguesía no sólo ha logrado su independencia sino que trata de incrustarse en el Estado, no ya como protegida, sino como directora única. El banquero sucede al general revolucionario; el industrial aspira a desplazar al técnico y al político. Estos grupos tienden a convertir al gobierno cada vez con mayor exclusividad, en la expresión política de sus intereses (Paz, 1976:161).

De esta forma, Paz imaginaba y prefiguraba cuál sería el ulterior desarrollo de México. Cuando aludía que los mexicanos quedaban “huérfanos de pasado y con un futuro por inventar”, aludía la clausura de “la utopía cardenista”. Aquel proyecto en el que las reivindicaciones sociales fueron un objetivo central, comenzó a desdibujarse cuando Paz redactó *El laberinto de la soledad*. Era el apogeo del alemanismo y pese a que en sus discursos alusivos a la revolución aún eran encendidos, en aras de alcanzar la industrialización, se prefirió privilegiar todas las condiciones que permitieran la inversión del capital extranjero, capitalizar a la burguesía mexicana, garantizar la inafectabilidad a las grandes propiedades agrarias con argucias legales, entre otras medidas. Así, pretendía “la creación de una amplia y variada industria y de una agricultura tecnificada, que serían la base de la independencia

económica de México y del fortalecimiento de su independencia política". En suma, la política nacional daba un nuevo y gran viraje. Los subsidios directos e indirectos, así como toda la creación de la infraestructura necesaria se realizó para favorecer la capitalización de la iniciativa privada, porque "la sustitución de importaciones" debería ser, según el propio Alemán, la clave para crear "una economía de abundancia". En esa quimera se volcó el país y se prolongó casi por tres décadas, para mostrar el rostro decadente de un modelo económico de sustitución de importaciones, que por aplicarse sin un criterio de equidad social y económica, sus resultados rindieron pocos frutos. En ese lapso el producto interno bruto creció en cada año poco más del 6%, incluso fue mayor al japonés y por ello se hablaba del "milagro japonés" y su comparativo con el "milagro mexicano". La diferencia entre uno y otro fue que la antagónica e injusta distribución del ingreso en México, comenzó a ensancharse entre quienes tenían todo y los que carecían de lo más elemental.

A pesar de estos contrastes económicos en México, gracias a las organizaciones sociales y sus luchas, el Estado no se desentendió del todo y debió aceptar en sus marcos legales la incorporación de viejas y nuevas reivindicaciones en materia de justicia social. Aunque, por otro lado, ese Estado corporativo creció y se hizo omnipresente, por lo que mediante los sectores que componían al PRI: el obrero, campesino y popular, ejerció un férreo control sobre ellos, así como de las organizaciones empresariales y de los medios de comunicación. En ese escenario, con la ausencia de una reforma política electoral que sometiera al príncipe a una competencia real, éste creció como un apéndice del aparato estatal hasta consolidarse como un partido hegemónico. En las elecciones de 1952 lanzó como candidato a Adolfo Ruiz Cortines, quien contendió contra Efraín González Luna del Partido Acción Nacional; Vicente Lombardo Toledano, del Partido Popular y el opositor más fuerte y que surgió de las filas del PRI fue al general Miguel Henríquez Guzmán, quien fue arropado por la Federación de Partidos del Pueblo (Lerner y Ralski, 1976:259). Era un gran orador y se vio apoyado por veteranos de la lucha armada, viejos luchadores sociales y sumó otros tantos inconformes con el régimen, por lo que el Estado puso todas sus instituciones en apoyo del PRI y éste puso a prueba su estructura partidista a nivel nacional. La

persuasión fue el distintivo del priísmo, tal y como Calles lo hizo en su momento, ofrecía a las masas que la revolución les haría justicia, pero la represión tampoco dejó de ejercerse en donde fuera preciso o lo considerara necesaria. Los henriquistas tampoco fueron la excepción en cuanto a actos represivos se refiere, pero su candidato siempre se mantuvo fiel al orden legal establecido.

La crisis económica en la que asumió la presidencia Adolfo Ruiz Cortines, le obligó a ceñir las finanzas públicas a una disciplina excepcional, para preservar lo ganado con motivo de las exportaciones durante la década de 1940 y seguir con el mismo plan económico, hizo los ajustes pertinentes y fue por lo que se le denominó desarrollo estabilizador. El siguiente cambio en la Presidencia sería con Adolfo López Mateos, hombre cercano a Isidro Fabela –fundador del “Grupo Atlacomulco”– desde 1941, miembro del gabinete ruizcortinista y proveniente de la cartera de Trabajo y Previsión Social. El único candidato opositor que tuvo en 1958 fue Luis H. Álvarez, del Partido Acción Nacional, quien carente de propuesta de gobierno, centró su campaña en una crítica sistemática a las libertades plenas que negaban los gobiernos priístas. Por cierto, López Mateos fue al primer candidato que se le consideró como “el tapado”, pues Ruiz Cortines le dio juego político a sus colaboradores más cercanos y algunos de ellos se sintieron ungidos con su preferencia para sucederlo, pero llegado el momento nombró al personaje más joven e inesperado, pero el más cercano y de todas sus confianzas. En medio de una gran agitación social, López Mateos asumió el poder con una aureola neopopular, pues como responsable del ramo del trabajo se destacó por su propensión conciliadora. Sin embargo, el país en general mostraba los síntomas de fatiga por el viejo sistema político y un modelo económico en el cual se veían distantes las mejoras en las condiciones de vida. Por lo tanto:

Es posible que el huevo de la serpiente que tanto hemos visto crecer desde entonces haya sido incubado en el periodo del presidente López Mateos. Durante su sexenio fue asesinado el líder agrarista Rubén Jaramillo; destruido el movimiento que encabezó Demetrio Vallejo; encarcelados miles de obreros; conocidos algunos casos de tortura, como el del profesor de Coahuila, Rogelio Guerra Montemayor, a quien se hizo pasar por homosexual para tratar de explicar la furia desatada contra su cuerpo. También padecieron el encierro Vallejo

y Valentín Campa. Fueron prisioneros del régimen el pintor David Alfaro Siqueiros, gloria nacional [...] y Filomeno Mata, el hijo del patricio (Scherer, 1986:39).

A propósito de Julio Scherer y este señalamiento suyo, años más tarde agregaría:

López Mateos, partidario del orden vertical y el delito de disolución social, se prolongaría en Gustavo Díaz Ordaz [Según un testimonio, refiriéndose a la manera de cómo “escogió” su relevo, escribió:] Resuelta en la intimidad la sucesión presidencial, se prestó (López Mateos) al juego inocuo del destape [...] Los engañé con la verdad. Nunca oculté mi inclinación por el licenciado Díaz Ordaz (Scherer, 2007:190).

López Mateos fue descrito como hombre “apuesto, grato, de palabra fácil (y) dotado para el arte”, mientras que su sucesor, Gustavo Díaz Ordaz, “se le reconocía una inteligencia clara y una voz profunda, de dicción perfecta. Llamaban la atención sus enormes dientes hacia fuera y sus ojos redondos, pequeños. En su presencia, nadie se permitía un comentario irónico o una sonrisa encubierta al mirarlo tan feo, porque feo era” (Scherer, 2007:180 y 191). Escogió a Gustavito, como le decía, porque fue quien se hacía cargo de los asuntos de la presidencia cuando, con motivo de los fuertes dolores producto del aneurisma que padecía, lo obligaban a encerrarse en un cuarto oscuro por horas o ausentarse por días de sus quehaceres (Scherer, 1986:40). De tal suerte que si la insatisfacción social era manifiesta ante un sistema político que ya resultaba asfixiante, la violenta represión que caracterizó los sexenios de uno y otro tuvieron, sin exculpar a López Mateos, como denominador común a Díaz Ordaz y su intolerancia llevada a límites insospechados. Entonces, en los procesos de sucesión de 1964 y 1970, tuvieron como característica, destacada y esencial, la lealtad. Porque después de los crímenes cometidos durante el lapso que se prolongó el movimiento estudiantil entre fines de julio y el 2 de octubre de 1968, el único personaje en quien podía delegar responsabilidades y las acataría sin chistar fue Luis Echeverría. Pese a que antes de los sucesos de Tlatelolco, reiteradamente Díaz Ordaz se refería a él en tono irónico, con comentarios tales como: “está verde”, “conserva la mentalidad de subsecretario encargado del despacho”, “lo invité a jugar golf, temprano. Llegó al amanecer” (Scherer, 1986:20).

Con Echeverría llegaron los tecnócratas al poder, desconocedores del contacto directo con las masas. Desde la burocracia, buscaban afanosos a los políticos que con experiencia en la organización de mítines les prepararan sus campañas electorales y los eventos masivos. También fue por ello que Echeverría procuró “su transfiguración. De un día para otro apareció en escena, elocuente, vivaz, desenvuelto. Aprendió a sonreír, perdió peso. Si había sido tieso, arrojaba sacos y corbatas al guardarropa y ponía en circulación la guayabera. Si su estilo había sido el de un cortesano, el oído al acecho del superior, sus nuevas maneras eran las del hombre libre” (Scherer, 1986:12). Los nuevos protagonistas de la vida pública, pese a su preparación profesional, desde la perspectiva de Lázaro Cárdenas, en los apuntes que realizó en 1970, en las vísperas de su muerte, así los describió:

Los intelectuales y técnicos que han servido al régimen no han correspondido al ideario de la Revolución. La han entendido, pero no la han atendido [...] Todo esto revela falta de sentido revolucionario, falta de organización que encauce los logros que la Revolución Mexicana conquistó con el sacrificio del pueblo (Cárdenas, 1974:233).

Muy pronto se pondría de manifiesto esa falta de planeación, pues las decisiones que bien pudieron tener un beneficio social amplio, sin un cálculo preciso de sus alcances y carentes de un propósito preciso, redundaron en un desajuste de las finanzas nacionales y la incertidumbre de la sociedad entera (Zaid, 1987:36-40). Esta situación, aunada a una crisis económica mundial y la necesidad de quien desoye las críticas, en su afán de trascender empujó la candidatura de su secretario de Hacienda, José López Portillo. Como éste era su amigo de toda la vida, quizá supuso que tendría la capacidad de afrontar el desorden hacendario en que hundió al país y daría continuidad a sus políticas. El fenómeno del unipartidismo pondría en evidencia un sistema electoral obsoleto, dado que el Partido Acción Nacional no tuvo candidato; y el Partido Socialista Unificado de México, carente de registro legal, lanzó a Valentín Campa pese a que los sufragios a su favor no contarían. Por lo tanto, López Portillo fue el único candidato a la Presidencia y sin opositor. Este fue uno de los motivos por lo que se envileció

mucho más del proceso de corrupción que venía sucediéndose tres décadas atrás.

Uno de los secretarios de Estado dijo en su momento que en los dos primeros años del gobierno López Portillo fue un presidente de lujo, pero el auge económico derivado del petrolero creó espejismos en el horizonte político y relajó todo el quehacer gubernamental. Para acelerar la expansión y tecnificación de Pemex se recurrió al endeudamiento externo, es decir, el déficit internacional de hidrocarburos los encareció e hizo suponer que por concepto de las exportaciones de petróleo las arcas nacionales seguirían captando divisas extranjeras sin límite (Gálvez, 1988:57). No obstante, en las vísperas de la sucesión, la depreciación del petróleo en el mundo fue estrepitosa y el país quedó en bancarrota. Sin duda, la impresionante fuga de capitales y la solicitud creciente de dólares por parte de particulares en los bancos, dejaron sin reservas monetarias al país y una devaluación que animó al presidente a expropiar la banca privada. De nueva cuenta, frente a un escenario de crisis económica sin precedente, López Portillo inclinó la balanza para favorecer la candidatura priísta de Miguel de la Madrid Hurtado en septiembre de 1981, quien en ese momento se desempeñaba como titular de la Secretaría de Programación y Presupuesto. Los antecedentes de su educación formal eran su mejor carta de presentación, egresado de colegios lasallistas, con estudios universitarios y poseía un posgrado en administración pública en Harvard. Porque como funcionario de la alta burocracia era un personaje que políticamente era del centro (Castañeda, 1999:154), sin carisma y poco reconocido, pero logró atraer el voto a su favor gracias a que en su campaña exhortó a la sociedad para llevar a cabo junto a él una renovación moral de la vida pública.

No obstante la preparación de los hombres que integraron el equipo de trabajo del presidente Miguel de la Madrid, frente a un proceso inflacionario de casi el cien por ciento, sólo atinaron a instrumentar un mínimo de políticas para evitar un estallido social en el corto plazo. Los precios internacionales del petróleo siguieron a la baja hasta 1985 y las exportaciones representaban casi el 60% de la captación de divisas, es decir, la crisis económica seguía ahondándose. Por si fuera poco, en septiembre de ese mismo año se sucedió un terremoto que devastó la capital del país. Sus habitantes, a quienes se les consideraba indiferentes a lo que se

sucedía en su entorno, en minutos rebasaron cualquier programa de emergencia gubernamental y se organizaron para prestar auxilio a los afectados. Esta actitud marcó un hito en la historia contemporánea del Distrito Federal y a nivel nacional, pues a semejanza de las secuelas de los crímenes de 1968, las autoridades promovieron reformas y programas sociales incompatibles con sus planes de gobierno (Meyer, 1985). Según la propia versión de De la Madrid, imprimió “nuevas modalidades” para que los priístas decidieran cuál sería su candidato a la Presidencia. Para ello realizó una especie de pasarela, donde cada aspirante expuso su programa político, pero con todo y esto inclinó la balanza por su secretario de Programación y presupuesto, Carlos Salinas de Gortari. Sabía que esta decisión le acarrearía turbulencias pero eso no obstó para hacerlo de otra manera, incluso se empeñó en ser el artífice de la conducción del proceso y su calendario, al menos en las fechas más relevantes (Castañeda, 1999:210-211).

A la turbulencia que se refería Miguel de la Madrid fue al surgimiento de la Corriente Democrática del PRI, misma a la cual su secretario de Gobernación, Manuel Bartlett y él subestimaron. Dicha expresión surgió en seno del PRI y pensaron que como hacía seis años, sólo estaban inconformes por el procedimiento de la nominación del candidato; incluso, el liderazgo y protagonismo de Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, lo llegaron a considerar como una ambición del poder por el poder (Castañeda, 1999:211-213). El motivo por el cual llegaron a esa conclusión en los círculos cercanos al poder, fue porque no podían imaginarse que el hijo del general Lázaro Cárdenas se atreviera a desprenderse de todas las consideraciones y los privilegios que el poder podía dispensarles (Scherer, 1995:19-20). Pues bien, llegado el momento de las elecciones, el movimiento derivó en un Frente Democrático Nacional, en el cual se coaligaron el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, el Partido Popular Socialista, el Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, el Partido Mexicano Socialista y la Corriente Democrática del PRI. Por otra parte, el Partido Acción Nacional registró como su candidato a Manuel J. Clouthier, un empresario neopanista que rompió los paradigmas existentes en este tipo de procesos: decía majaderías, bebía cerveza públicamente, filtraba con las damas, cuestionaba a funcionarios y medios de comunicación, etcétera. El Partido Revolucionario de los

trabajadores, llevó como su candidata a la señora Rosario Ibarra de Piedra, mujer emblemática por su exigencia permanente para que el Estado diera respuesta por los “desaparecidos” con motivos políticos. Estos tres candidatos, cuando se percataron que el resultado en el conteo de votos demoraba en llegar, realizaron un mitin frente a las oficinas de gobernación –la dependencia encargada de las elecciones– para demandar la pronta entrega de los resultados. La respuesta no se hizo esperar: el “sistema se había caído”.

El gobierno, organizador y conductor del proceso electoral, calificó las elecciones y dio por vencedor a Carlos Salinas de Gortari con el 50% de los votos, 30 para el cardenismo y 20 para el panismo (Aguilar y Meyer, 2001:284). A nadie dejó satisfecho el resultado y el mandatario entrante, no sólo quedó bajo el manto del fraude electoral sino con un déficit de legitimidad como nunca antes había sucedido en elecciones pasadas. Ciertamente, estaba la de Vasconcelos en 1929, la de Almazán en 1940 y la de Henríquez en 1952, pero nunca antes se dio un movimiento que surgía del hartazgo de la corrupción, de rechazo a un partido de Estado, a la insatisfacción a las demandas populares, a la protesta contra una crisis económica de la cual no eran responsables, entre otras inconformidades. Por último, la expectativa que despertó el hijo de un ex presidente que veló por los intereses del pueblo, era un agregado al momento que se vivía. En esas circunstancias, el presidente Carlos Salinas debió realizar actos contra la corrupción y los hizo evidentes, personificándolos en blancos precisos: Joaquín Hernández Galicia, líder petrolero; Eduardo Legorreta financiero prominente y Carlos Jonguitud Barrios, dirigente del sindicato de la educación. Salinas mostró, como hijo que era de un político prominente del lopezmateísmo, oficio político y conformó un equipo de colaboradores con una sólida formación profesional. Con ese equipo, definitivamente decantó el viejo sistema político y su modelo económico de desarrollo, para entrar de lleno a una economía de mercado y abierta a la competencia con el extranjero. Finalmente, las reformas y adecuaciones a una ley electoral caminaban por el sendero de hacerlas más creíbles.

El gobierno de Carlos Salinas logró una serie de reformas económicas que hicieron suponer un progreso ascendente de México y, cuando se aproximó el momento para iniciar el proceso electoral, el príismo *versus* Salinas, ungió a Luis Donaldo

Colosio como su candidato en diciembre de 1993. Las fisuras que abría la oposición con información, empezaba a dar muestras del crecimiento de la pobreza y la fragilidad de la prosperidad pregonada. Colosio, comentaría en privado a un periodista que no “disponía de espacio”; a lo cual éste agregó: “Era evidente su condición de precandidato amarrado a los altos poderes de la República” (Scherer, 1995:92). Sin embargo, se conformaba Colosio al advertir: “Mi protesta como candidato será el punto de arranque. Hasta marzo” (Scherer, 1995:92). En efecto, el día seis de dicho mes, cuando rindió protesta como aspirante a la Presidencia, pronunció un discurso en el cual denunciaba el atraso del país y de su gente, de las injusticias, el envilecimiento de funcionarios y condenaba la corrupción, entre otras cosas. Esa misma noche “Lo vi eufórico. Se lo dije”, escribió Scherer. Al repetirle a éste unos fragmentos de su pieza oratoria, le espetó:

- Una pregunta, Luis Donald —lo interrumpí en plena carrera. Agitado, me vio en súbito silencio.
- ¿Conoció el presidente tu discurso antes de que lo pronunciaras?
- Espero que me comprenda.
- ¿Conoció tu discurso?
- No (Scherer, 1995:98).

Es decir, esa pregunta la hacía porque era una costumbre del aspirante del partido oficial, que recibiera el visto bueno de la presidencia en un discurso tan importante. Con esa anécdota concluyó Scherer el libro que intituló *Estos años*. Diecisiete días después, en la ciudad de Tijuana, Colosio cayó asesinado a manos de un homicida solitario, según las investigaciones. A escasos cuatro meses de las elecciones, el PRI debía nombrar nuevo candidato.

El tiempo y la circunstancia eran complicados. El primero de enero de 1994, el levantamiento en Chiapas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional; el 23 de marzo el asesinato de Luis Donald Colosio; y en lo económico, la realidad comenzaba a mostrar la fantasía salinista. Por primera ocasión surgieron protagonistas políticos que levantaron la mano para señalar al posible sucesor, es decir, querían arrebatárle un segundo y nuevo derecho a Salinas para indicar al sucesor (Castañeda, 1999:313-315). En el velorio de Colosio comenzó el nuevo y acelerado proceso

sucesorio del candidato priísta, en las que prevaleció finalmente la designación de un hombre cercano al círculo presidencial y, por tanto, refrendó Salinas el control que tuvo en medio de una circunstancia excepcional. Qué lo decidió por Zedillo, según su propio testimonio, un colaborador le dijo:

Aprende rápido. Suple su inexperiencia con inteligencia y es un ser humano noble. Esa misma persona le hizo ver su principal defecto: tiene problemas con su origen y esto lo hace un hombre rencoroso (Salinas, 2000:895).

Ernesto Zedillo, quien en otro momento se autodescartó como aspirante a la Presidencia, comenzaba una etapa que ni él podía creer. Debía enfrentar una situación nacional compleja y dos candidatos contra quienes poco podía ofrecer: Diego Fernández de Ceballos del PAN y Cuauhtémoc Cárdenas del Partido de la Revolución Democrática. De hecho, con ellos tres se iniciaron los debates públicos de sus propuestas en mayo de 1994. La capacidad histriónica de Diego Fernández fue apabullante, pues fue directo contra Cárdenas y éste con sorpresa no tuvo capacidad de respuesta, mientras que Zedillo sólo respetó su guión económico como si pronunciara un discurso sin interlocutores. Con el favor de los medios de comunicación y la fuerza del Estado, explotaron a placer un escenario de incertidumbre en el país en caso de que ganaran los panistas o los perredistas, por lo cual se ponderaba el conocimiento de Zedillo de los asuntos económicos. Eso le valió para salir favorecido en los comicios.

El gobierno de Zedillo fue complicado, inició con el antecedente del homicidio del secretario general del PRI, Francisco Ruiz Massieu, el 28 de septiembre; por otro lado, un mes antes de asumir el cargo, asistió a una reunión con Salinas y el gabinete económico, en la cual conoció la situación económica que heredaba. En el primer mes de su gobierno, diciembre de 1994, se vino abajo la economía del país y debió afrontar una crisis mucho más grave que las antes vividas. Las medidas que aplicó, mostraron a un frío analista que, sin reparar en los estragos sociales, tomó decisiones que golpearon como nunca al grueso de la población. La única medida política que tomó fue la de sacar del país a su antecesor y apresar a su hermano, Raúl Salinas, como indiciado del asesinato de Ruiz

Massieu. En cuanto a lo siguiente, se mostró como el personaje más tecnócrata de todos los presidentes que desde 1970, sólo exhibían su formación académica y su vertiginosa carrera en la burocracia, pero sin antecedentes en cargos de elección popular. Motivo por el cual, poco contacto o ninguno eran capaces de establecer con el ciudadano común. Zedillo a semejanza de Manuel Ávila Camacho, nunca imaginaron ser presidentes y tampoco se preocuparon por legitimar su poder ante la población, sólo procuraban a los grupos poderosos de la iniciativa privada. Tal y como lo denunciara Cosío Villegas en la década de 1940, más se inclinaban los gobiernos para ponerse al servicio de la clase dominante. Ese fue el verdadero inicio de la alternancia, porque Zedillo era un funcionario que tenía una filiación política de facto, pertenecía a un gobierno priísta, pero nunca fue militante y tampoco tuvo necesidad de serlo.

Con el pretexto de mantener una sana distancia de su gobierno con el PRI, Zedillo marginó de la toma de decisiones a sus operadores políticos, por lo que él mismo comenzó a preparar el camino para la alternancia. A la mitad de su gobierno, el gobernador de Guanajuato, Vicente Fox Quesada, manifestó públicamente su deseo de ser el candidato del PAN a la Presidencia de la República. Con las reformas constitucionales de 1993 que prohibían a los hijos de padres extranjeros aspirar a la presidencia se modificó, por lo que la extranjería de su madre no sería un impedimento. Con la conformación de la asociación Amigos de Fox que presidió un amigo cercano, Lino Korrodi, inició desde 1997 actividades encaminadas a lograr su propósito. Con una legislación que no prohibía actos anticipados de campaña o la obtención de recursos del extranjero, literalmente Fox y la asociación que le financiaba se montó sobre el PAN y logró posesionarse en el escenario nacional. La publicidad que desplegó la hizo sobre la base de su experiencia profesional, en especial a partir de la mercadotecnia y el uso de internet. Las otras dos candidaturas más que surgieron: una en septiembre de 1999, cuando renunció Cárdenas al Gobierno del Distrito Federal y aceptó registrarse; la otra, la de Francisco Labastida el 7 de noviembre de 1999, para hacer lo propio. Estos dos candidatos eran mucho más experimentados que Fox, pero éste se anticipó en su campaña y rompió con todos los esquemas de un aspirante presidencial.

“Así, resulta que el principal atractivo electoral del guanajuatense fue menos su plataforma electoral –supuestamente panista pero,

de hecho, ecléctica, populista y conservadora— y más su contraste con el resto de la oferta política” (Meyer, 2005:147). Desparpajado, dicharachero y bronco, fueron las características sobresalientes de Fox. Repetía una frase de los cristeros, la cual decía: “si avanzo síganme, si me detengo empújenme, si retrocedo mátenme” (Meyer, 2005:147). O bien, como estribillo, repetía que habría que sacar al PRI de Los Pinos y en la limpieza debían sacarse a “los alacranes, alimañas, sanguijuelas, tepocatas, víboras prietas y demás arácnidos”. En su campaña logró sumar simpatías que a la postre le redituaron valía, tal fue el caso del llamado al voto útil al cual exhortaron, para hacer llegar a un neopanista, que insistía desde 1988 en la democratización del país. No pudo tener un mejor resultado, pues Fox ganó las elecciones sin discusión y sus adversarios también aceptaron su derrota. Por su parte, el presidente Zedillo salió con anticipación a felicitar al panista victorioso. Era, desde el punto de vista del priísmo, el perdedor, mientras que para la oposición, se mostraba como un auténtico demócrata. Para otros, no fue el último presidente priísta sino el primer panista.

Con un gobierno de corte empresarial y con priístas en el ramo hacendario y financiero, Fox presumió que poseía un gabinete, aludiendo a sus colaboradores más prominentes. El relevo fue tranquilo, pese al incremento de pobres no había turbulencias en la economía y con una oposición decantada, pudo hacerse del escenario político. Con tropiezos, equívocos y denuncias de corrupción, el gobierno foxista gobernó como en piloto automático. A nadie escondió que las decisiones trascendentales las tomaba en común acuerdo con su esposa Martha Sahagún, incluso, llegó a expresar su beneplácito porque fuera candidata a la Presidencia (Vargas, 2004). Al sentirse en competencia con el gobernador perredista del Distrito Federal, una de las ciudades más grandes del mundo, Andrés Manuel López Obrador, puso distancia de por medio. Era un hecho, los dos eran los personajes en boga y este último consolidaba un prestigio que podía obstaculizarlo en su propósito de apoyar a un panista para que lo sucediera. El señor Durazo, el secretario particular de Fox, al renunciar confirmó públicamente la seriedad de la propuesta de lanzar a la señora Sahagún como candidata a la Presidencia, a mitad del sexenio anticipó:

La disputa electoral de 2006 podría llegar a convertirse en una repetición de las viejas y nocivas rondas de desconfianza sobre los resultados electorales. Y si las elecciones no se resuelven en las urnas, se van a resolver en las calles (Vargas, 2004).

Mucho antes de 2006, comenzó el golpeteo de Fox contra López Obrador, el más grave fue con motivo de una acusación de “desacato” al poder Judicial, ante un amparo que promovió un particular contra la construcción por parte del gobierno local de una calle de acceso a un hospital privado, porque a pesar de que le había sido expropiado, seguía en litigio. Ese pretexto fue suficiente para intentar desaforar a López Obrador y llevarlo a juicio, pero el rechazo de la opinión pública fue contundente, pues todo indicaba que era una afrenta política y no se trataba de un problema judicial. En octubre de 2004, después de regañar públicamente a Felipe Calderón, su secretario de Energía, por aceptar un supuesto acto de proselitismo para la Presidencia que le organizó el gobernador de Jalisco, Calderón decidió renunciar y marcó distancia con el presidente. Entre tanto, Fox aderezaba la candidatura de su preferido, Santiago Creel Miranda, quien renunció el primero de junio de 2005 a Gobernación para buscar la candidatura del PAN a la Presidencia. Por otro lado, el gobierno foxista se desistió de llevar a juicio por desacato a Andrés Manuel López Obrador, pero puso todo su empeño para desacreditarlo. Años atrás, decía Cosío Villegas que a nadie se le ocurriría postular a un obrero o campesino, pero tampoco a quien lanzara por lema de campaña: “Por el bien de México, primero los pobres”.

Cuando se sucedieron las elecciones internas del panismo para nominar candidato, era casi previsible que ganase Calderón. Si el presidente apoyaba a Creel, un hombre sin militancia partidista; en contraste, Calderón nació en el seno de una familia panista y relativamente hacía poco que dejó de dirigir su partido. A todo ello se agregaba que Fox marginó a muchos panistas y éstos quizá estaban mejor dispuestos de apoyar a su exdirigente. Los resultados serían la mejor prueba de que Fox no tenía una simiente partidista tan importante, así también se pondría de manifiesto que tampoco supo conducir el proceso sucesorio a su favor. De esta forma, a pesar de Vicente Fox y de su esposa Marta Sahagún, el 4 de diciembre de 2005, Felipe de Jesús Calderón Hinojosa fue

nominado como candidato del PAN. Quedó fuera de duda que la intervención del gobierno fue decisiva para que el panismo retuviera la Presidencia. Incluso, con los argumentos con los que el Tribunal Federal Electoral disculpó a Fox para invalidar la elección, pudieron ser los mismos para condenarlo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer (2001), *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México, Cal y Arena.
- Cárdenas, Lázaro (1974), *Apuntes 1967-1970*, México, UNAM, Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 35.
- Castañeda, Jorge G. (1999), *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*, México, Extra Alfaguara.
- Cosío Villegas, Daniel (1975), *La sucesión presidencial*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz.
- Gálvez, Arturo (1988), *La industria petrolera mexicana. Una Crónica del boom petrolero 1970-1976*, México, Pemex, tomo III.
- Lerner de Sheinbaum, Bertha y Susana Ralski de Cimente (1976), *El poder de los presidentes. Alcances y perspectivas (1910-1973)*, México, Instituto Mexicano de Estudios Políticos.
- Meyer, Lorenzo (1985), "Y ahora, ¿por dónde? Hay timón pero no rumbo", *Excelsior*, México, 4 de septiembre (en la presente editorial, cita y se apoya en el texto de Blanca Torres).
- Meyer, Lorenzo (2005), *El Estado en busca del ciudadano. Un ensayo sobre el proceso político mexicano contemporáneo*, México, Océano.
- Paz, Octavio (1976), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección popular, núm. 107.
- Pinto Mazal, Jorge (1975), "Declaración inicial del comité organizador del Partido Nacional Revolucionario (Fundación del Partido Nacional Revolucionario)", en José Ángel Conchello *et al.*, *Los partidos políticos de México*, México, Fondo de Cultura Económica (Archivo del Fondo 49-50-51).
- Raíces (ed.) (2012), "Dos jóvenes conversan en 1958. Poniatowska y Carlos Fuentes", *Relatos e historias en México*, México, año IV, núm. 47, julio, pp. 42-51.
- Salinas, Carlos (2000), *México: un paso difícil a la modernidad*, México, Plaza y Janés.
- Scherer García, Julio (1986), *Los presidentes*, México, Grijalbo.
- (2007), *La terca memoria*, México, Grijalbo.

— (1995), *Estos años*, México, Océano.

Vargas, Rosa Elvira (2004), "Renuncia Alfonso Durazo [secretario particular del presidente], inconforme con *pretensiones dinásticas* de Los Pinos", *La Jornada*, México, 6 de julio.

Zaid, Gabriel (1987), *La economía presidencial*, México, Vuelta, 1987.

Zorrilla, Luis G. (1977), *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de America, 1800-1858*, México, Porrúa, tomo II.